

respondiste á mis cantos, Juana se aleja... para siempre !

Para siempre os dejo, ¡oh lugares, que fuisteis testigos de mis inocentes dichas! Id y dispersaos por la llanura, ovejas mías; dispersaos, abandonados rebaños; otros rebaños me reclaman ahora, y es fuerza que los conduzca á través de los ensangrentados campos del peligro. Tal es la orden del Espíritu que me llama; no me atrae la vanidad, no obedezco á terreno afecto.

El Dios que se apareció á Moisés en las cimas del Horeb y en la zarza ardiendo para mandarle que resistiera á Faraón; el Dios que supo armar en su defensa á un niño, al pastor Isaías, y se mostró siempre propicio á los pastores, este fué quien me habló también bajo la copa de este árbol, y me dijo:

«Vé á dar testimonio de mí en la tierra. Revestirás tus miembros de metal, y cubrirás de acero tu delicado pecho. Jamás arderá en tu pecho la llama del amor humano, ni avivará en ti ilícitos deseos, mas yo te haré ilustre en la guerra entre las demás mujeres.

»Cuando los más valientes flaquean y van á consumirse los destinos de Francia, pongo en tus manos mi oriflama. Como el segador las mieses, aterrarás á los vencedores y detendrás á la victoria; que te suscité para salvar á esta nación, para que libertes á Reims y coronés á tu Rey.»

Dios me debía una prenda de su predilección, y me envía este yelmo que comunica á mi cuerpo fuerza sobrenatural, é infunde en mis venas el fuego sagrado de los ángeles. Siento que me impele, que me arrebató al combate con la impetuosidad del torbellino. ¡A las armas! ¡El corcel se encabrita!... ¡resuena el clarín!



ACTO I

La corte del rey Carlos en Chinón

ESCENA PRIMERA

DUNOIS y DUCHATEL

DUNOIS

No; ya no quiero soportar más. Abandono al Rey que así se entrega cobardemente á la molicie. Mi corazón mana sangre, mis ojos lloran sangre, al ver cómo unos cuantos bandidos se reparten la patria, y las antiguas ciudades que envejecieron bajo la monarquía, entregan al enemigo las enmohecidas llaves. Y entre tanto, perdemos aquí en fútiles devaneos un tiempo precioso para la defensa. Al rumor de que Orleans está amenazada, acudo de un rincón de Normandía creído de que hallaré al Rey á la cabeza de su ejército, y le sorprendo

entre juglares y trovadores, ocupado en descifrar charadas y en festejar á su amiga. ¡Ni más ni menos que si reinara la paz! El condestable se retira disgustado de tales miserias. Yo hago lo propio, y le abandono á su mala suerte.

DUCHATTEL.—¡El Rey!

ESCENA II

Dichos.—El rey CARLOS

CARLOS.—El condestable me devuelve su espada y abandona mi servicio. ¡Alabado sea Dios! Así nos vemos libres de un malcontento, que con su carácter arisco y dominante enojaba á todos.

DUNOIS.—Mucho vale un hombre en las actuales circunstancias. Yo no me resigno tan fácilmente á perderle.

CARLOS.—Hablas sin duda por afán de contradecir. Mientras estuvo aquí no le tuviste ciertamente por amigo.

DUNOIS.—Convengo en que era loco, orgulloso, majadero, insoportable, que no acababa nunca; pero esta vez al menos estuvo oportuno dejando su puesto, cuando ya no podía permanecer en él con honor.

CARLOS.—Observo que estás hoy de mal talante, amigo, y no seré yo quien te distraiga.—Duchattel, han llegado algunos emisarios del anciano rey René, que dicen ser muy famosos y maestros en el arte del canto. Cuida de que sean tratados como merecen. Déseles á cada uno una cadena de oro. (*A Dunois.*) ¿Por qué sonríes?

DUNOIS.—Me gusta oír cómo tu boca prodiga las cadenas de oro.

DUCHATTEL.—Señor, ya no hay dinero en las arcas.

CARLOS.—A ti, amigo, te toca hallarillo. No creo que

estos nobles cantores deban salir de mi corte sin recompensa. Gracias á ellos florece el cetro del monarca. Sólo ellos saben entretejer en la estéril corona los verdes laureles. Iguales á los reyes, se construyen un trono con sólo deseárselo, y su reino, aunque pacífico, no es puramente fantástico. He aquí por qué no ceden en dignidad á los reyes; ambos habitan en las más altas regiones.

DUCHATTEL.—Señor, mientras no se agotaron los recursos pude callarme, pero hoy la necesidad me fuerza á hablar claro. Has de saber que nada puedes dar, y que mañana te será imposible subvenir á tus propias necesidades. Tu tesoro está exhausto. Las tropas no reciben la paga y murmuran y amenazan con la deserción. Apenas sé cómo atender á los gastos de palacio y á tu subsistencia, no ya como corresponde á un príncipe, sino con lo estrictamente necesario.

CARLOS.—Empeña mis derechos de soberano; pide prestado á los lombardos.

DUCHATTEL.—Señor, todos tus derechos y rentas han sido empeñadas por tres años.

DUNOIS.—Y para entonces ya no existirán ni la prenda ni el reino.

CARLOS.—Muchos y buenos estados nos quedan todavía.

DUNOIS.—Mientras así lo quiera Dios y la espada de Talbot. Porque en cuanto caiga Orleans, ya podrás irte con el buen René a apacentar carneros.

CARLOS.—Sólo sabes esgrimir tu ingenio contra ese buen príncipe, que aun hoy mismo se porta conmigo como un rey.

DUNOIS.—¿Te regaló quizá su corona de Nápoles? Dicen que esta en venta desde que se fué á guardar rebaños.

CARLOS.—¡Pura chanza! ¡Gratos pasatiempos! Trata de establecer en medio de la realidad de nues-

tras bárbaras costumbres, una sociedad inocente y candorosa. Ocultan, sin embargo, sus planes cierta intención magnánima y propia de un rey: renovar la bella edad pasada, en que reinaba la dulce poesía y el amor hacía héroes, y nobles damas de exquisito gusto y peregrino ingenio se erigían en tribunal de la belleza. ¡Feliz edad de oro que ha elegido el alegre anciano, ocupado en edificar sobre la tierra la celestial ciudad que florece en los cantos del pasado! Con sus auspicios se congregó la corte de amor donde deben acudir los caballeros, y en la cual figuran castas matronas, y va á renacer la poesía. A mí me nombró príncipe del amor.

DUNOIS.—No soy de los que quisieran acabar con su poder. Hijo soy del amor; le debo mi nombre. Todo mi patrimonio se halla en su reino. Mi padre fué el Duque de Orleans á quien resistieron pocas mujeres, pero también pocos castillos. ¡Príncipe del amor! Si quieres llevar con dignidad semejante título, muéstrate el más valiente entre los valientes, pues si hemos de creer lo que dicen algunos libros viejos, el amor en aquellos tiempos no existía sin algunas virtudes caballerescas, y héroes y no pastores fueron los que formaban la Tabla Redonda. Quien no sabe defender la belleza, no merece su codiciado premio. Aquí está la liza; tira de la espada en defensa del honor de tus nobles damas, de tu patrimonio y tu corona. Cuando la habrás sacado del torrente de sangre enemiga, entonces será ocasión de ceñir tu frente con las guirnaldas del amor, y sentarán bien en el príncipe tales honores.

CARLOS (*á un paje que sale*).—¿Qué hay?

EL PAJE.—Los consejeros de Orleans solicitan audiencia.

CARLOS.—Que entren. (*El paje se va*.) ¡Aún vendrán á pedirme recursos, cuando yo mismo ando tan necesitado de ellos!

ESCENA III

Dichos.—Tres CONSEJEROS

CARLOS.—Bien venidos seáis, fieles vasallos míos. ¿Cómo se porta mi leal ciudad de Orleans? ¿Sigue resistiendo al sitiador con su acostumbrada intrepidez?

EL CONSEJERO.—¡Ah! señor, crece el peligro por instantes. La ciudad está próxima á sucumbir. Destruídas las obras exteriores, el enemigo avanza á cada nuevo asalto. Las murallas se hallan desprovistas de combatientes, porque nos vemos forzados á practicar desesperadas salidas, y pocos son los que vuelven una vez pasaron las puertas. A cuantas plagas nos agobian, se añade ahora el hambre. En tan supremo trance el conde de Rochepierre, que dirige la defensa, pactó con el enemigo, que si dentro doce días no recibía el oportuno socorro, se rendiría la ciudad.

(*Dunois hace un gesto de cólera.*)

CARLOS.—El plazo me parece muy breve.

EL CONSEJERO.—Ahora, señor, acudimos á ti escoltados por el enemigo, para suplicarte te compadezcas de la ciudad, pues si no la socorres, se rendirá en cuanto se cumplan los doce días.

DUNOIS.—¡Cómo! ¿Xaintrailles podrá aprobar un tratado tan vergonzoso?

EL CONSEJERO.—Él, no, monseñor; mientras vivió, no se habló nunca de paz ni de sumisión.

DUNOIS.—¿Entonces ha muerto Xaintrailles?

EL CONSEJERO.—Sucumbió el héroe en nuestros muros, defendiendo la causa de su rey.

CARLOS.—¡Muerto Xaintrailles! ¡Con él pierdo un ejército!

(*Sale un caballero y habla al oído de Dunois, que queda estupefacto.*)

DUNOIS.—Este golpe nos faltaba.

CARLOS.—Veamos. ¿Hay más?

DUNOIS.—Un mensaje del conde Douglas. Los escoceses se insurreccionan y amenazan con abandonar sus puestos si no reciben hoy mismo sus atrasos.

CARLOS.—¡Duchatel!

DUCHATTEL (*encogiéndose de hombros*).—Señor, no sé qué decir.

CARLOS.—Promete, empeña cuanto tengas... la mitad de mi reino.

DUCHATTEL.—Vanos recursos, empleados ya con harta frecuencia.

CARLOS.—¡Mis mejores tropas! No; no conviene que me abandonen ahora los escoceses; de ningún modo.

EL CONSEJERO (*hincando la rodilla*).—Señor, socórrenos. Atiende á nuestra angustiosa situación.

CARLOS (*desesperado*).—¿Pero acaso puedo yo hacer que broten ejércitos de una patada? ¿Puedo hacer que nazca un campo de trigo en la planta de mi mano? Hacedme pedazos; arrancadme el corazón y repartidlo en vez de dinero. Puedo daros mi sangre, pero no oro, no soldados.

(*Ve salir á Inés y va á su encuentro con los brazos abiertos.*)

ESCENA IV

Dichos.—INÉS SOREL trayendo un cofrecillo

CARLOS.—Inés mía, vida mía, vén á sacarme de la desesperación. Deja que te vea y me refugie en tus brazos. Mientras te posea á ti, nada habré perdido.

INÉS.—¡Mi señor! (*Mirando en torno suyo con recelo*). ¿Será verdad, Dunois?... ¿Duchatel?

DUCHATTEL.—¡Ay de mí!

INÉS.—¿Hemos llegado ya al extremo de que las tropas no reciban su paga y quieran desertar?

DUCHATTEL.—¡Por desgracia, es cierto!

INÉS (*obligándole á tomar el cofrecillo*).—Ahí tenéis joyas, dinero, fundid mi rica vajilla, vended, empeñad mis castillos, mis dominios de Provenza. Convertidlo todo en dinero para satisfacer á las tropas. Daos prisa, vaya; no perdamos tiempo.

(*Le insta á que salga.*)

CARLOS.—¿Qué dices á esto, Duchatel? ¿Qué dices á esto, Dunois? ¿Aún llamaréis pobre á quien posee esta perla de las mujeres? Tan noble como yo, de sangre tan pura como la de los Valois, honra sería del primer trono de la tierra, si no los desdeñara. De mi sólo quiere mi amor. Una flor de invierno, una fruta rara, tales son los únicos regalos que me permite. Y esta mujer que no acepta ningún sacrificio, se muestra solícita en colmarme de ellos. ¡Oh! ¡corazón magnánimo, que arriesga sus riquezas y tesoros cuando me ve en la desgracia!

DUNOIS.—Sí; es una loca como tú. Lo que hace es dar pábulo á las llamas, ó empeñarse en llenar el tonel de las Danaides. No te salvará y se perderá contigo.

INÉS.—No le creas. Veinte veces arriesgó su vida por ti, y ahora me quiere mal porque te doy mi dinero. ¿Te habré sacrificado por ventura cuanto poseo, cuanto vale más que el oro y las perlas, para no compartir contigo mi dicha? Ven, ¡prescindamos de toda pompa inútil, y permite que te dé un ejemplo de abnegación! Convierte la corte en un campamento, en hierro el oro, arroja resueltamente por tu corona cuanto poseas. Ven, ven; compartiremos los peligros y las privaciones. Ensillemos nuestros caballos de batalla. Vibre el sol sus rayos sobre nuestras corazas, y tengamos por dosel las nubes, por almohada las piedras. Deja, que para soportar con paciencia sus fatigas, le bastará al aguerrido soldado ver que su Rey reclama también su parte en ellas.

CARLOS (*sonriendo*).—Sí; ahora se cumple la profecía de aquella monja extática de Clermont, que predijo que una mujer me daría la victoria, y reconquistaría para mí la corona de mis padres. La buscaba en las filas de mis adversarios. Me empeñaba en creer que mi madre se reconciliaría conmigo. ¡Error!... Hela aquí la heroína que debe llevarme á Reims. Escrito estaba que al amor de mi Inés debería el triunfo.

INÉS.—Al esfuerzo de tus soldados lo deberás.

CARLOS.—Haz cuenta que fíó también mucho en las discordias de mis enemigos. Porque si he de dar crédito á ciertos rumores, no se llevan bien como antes los soberbios lores de Inglaterra y mi primo de Borgoña. Por eso envié á La Hire con encargo de traer á su antigua fe y obediencia á nuestro irascible par. Le aguardo de un momento á otro.

DUCHATTEL (*mirando por la ventana*).—Él se apea en el patio del castillo.

CARLOS.—Bien venido sea. Vamos á saber á qué atenernos.

ESCENA V

Dichos.—LA HIRE

CARLOS (*adelantándose á recibirle*).—¿Nos traes alguna esperanza, La Hire? Dinos: ¿sí ó no? ¿Qué debemos esperar?

LA HIRE.—Nada, si no es de tu propia espada.

CARLOS.—¿Rehusa el orgulloso duque toda reconciliación? Habla. ¿Cómo acogió el mensaje?

LA HIRE.—Antes que todo, antes de oír tus proposiciones, exige que le entregues á Duchatel, que tiene por matador de su padre.

CARLOS.—¿Y si consentimos en tan infame pacto?

LA HIRE.—Romperá en este caso la alianza, aun antes de que haya producido sus primeros efectos.

CARLOS.—¿Pero le provocaste á desafío, citándole para el puente de Montereau, donde espiró su padre?

LA HIRE.—Le arrojé tu guante diciéndole que querías olvidar tu caridad, para batirte como caballero por tu corona. A lo cual contestó: «No tengo por que batirme por lo que ya poseo; si tanto desea tu amo esgrimir las armas, me verá mañana frente á Orleans.» Y dicho esto, me volvió la espalda riéndose en són de fisga.

CARLOS.—¿Y no hubo nadie en el Parlamento que hiciera oír la voz de la justicia?

LA HIRE.—La ahoga el odio de los partidos. El Parlamento te expulsa del trono, á ti y á tu descendencia.

DUNOIS.—¡Cobarde arrogancia del villano, convertido en señor!

CARLOS.—¿Nada intentaste para atraer á mi madre?

LA HIRE.—¿A tu madre?

CARLOS.—Sí. ¿Te dió á entender algo?

LA HIRE (*después de algunos instantes de reflexión*).—Cuando llegué á Saint-Denis, se celebraba la coronación del nuevo rey! Había que ver á los parisienses, engalanados como para una fiesta, y los arcos de triunfo en las calles, por donde pasaba el monarca inglés con su séquito. Las flores tapizaban el suelo. El pueblo, ebrio de alegría, se agolpaba junto á la carroza, ni más ni menos que si Francia hubiese ganado la más brillante victoria.

INÉS.—¡Ebrio de alegría el pueblo! Ebrio sin duda, de pisotear el corazón del mejor, del más clemente soberano.

LA HIRE.—Ví al joven Enrique Lancaster, sentado en el augusto trono de san Luís. Junto á él sustíos los altivos Bedford y Gloucester. ¡Y el duque Felipe hincá

ba la rodilla delante aquel trono, y rendía pleito-homenaje en nombre de sus estados!

CARLOS.—¡Infame par!... ¡Indigno primo!

LA HIRE.—El niño parecía turbado, y al subir las primeras gradas, tropezó. ¡Mal presagio! murmuró el pueblo, y hubo un momento de risa. Entonces se adelantó la Reina, tu propia madre, quien... no... horrible es decirlo...

CARLOS.—Prosigue...

LA HIRE.—Quien cogió en brazos al niño y le sentó en el mismo trono de tu padre.

CARLOS.—¡Oh!... ¡madre mía!... ¡madre mía!

LA HIRE.—Los mismos borgoñones, los feroces, los sanguinarios borgoñones, se han estremecido de vergüenza ante semejante espectáculo. Lo advierte ella y volviéndose al pueblo exclama en voz alta: «Franceses, agradecedme que ingerte en el degenerado tronco nuevo y verde tallo. No quiera el cielo que tengáis por soberano al depravado hijo de un demente.»

(El Rey se cubre el rostro con las manos. Inés se lanza hacia él, y le abraza. Todos los presentes manifiestan su disgusto é indignación.)

DUNOIS.—¡Fiera! ¡Furia infernal!

CARLOS (*á los consejeros, después de una pausa*).—Lo habéis oído, señores. Daos prisa, pues; regresad á Orleans y decid que redimo á la noble ciudad del juramento prestado. Decidla que puede rendirse á Felipe para su seguridad. Le llaman el benigno. Esperamos que se mostrará tal.

DUNOIS.—¡Cómo, señor!... ¿Abandonar á Orleans?

EL CONSEJERO (*arrodillándose*).—¡Oh! ¡señor! No nos retires tu auxilio. ¡No dejes que caiga en poder de Inglaterra tu fiel ciudad! Cede á mi ruego. Es el más bello florón de tu corona, y no hubo otra que se mostrara más leal á sus reyes, tus mayores.

DUNOIS.—¿Acaso hemos sido vencidos? ¿Podemos

desertar nuestros puestos sin descargar un solo golpe? Sin que haya corrido la sangre todavía, ¿pretendes por ventura arrancar del corazón de la patria, su mejor fortaleza?

CARLOS.—Harto corrió la sangre y siempre inútilmente. El cielo está contra mí. Donde quiera que se presentan mis ejércitos son derrotados. Me repudia el Parlamento, y tanto él como el pueblo acogen con alegría á mi adversario. Hasta mis parientes me abandonan y me hacen traición. Mi propia madre alienta al extranjero y á los de su ralea. No queda otro recurso que retirarnos á la otra orilla del Loira y sustraernos al poder de Dios, que combate por los ingleses.

INÉS.—¡Desesperar de nosotros mismos, volver la espalda á este reino! No. ¡Dios no lo quiere!... No, no es propio tal designio de un ánimo esforzado. Sin duda, la conducta infame de una madre desnaturalizada partió el corazón de mi Rey, pero volverás en ti, Carlos, y con varonil consejo harás frente al destino que te abruma.

CARLOS (*ensimismado y sombrío*).—¿Lo negaréis aún Pesa la fatalidad sobre la raza de los Valois, raza maldiciada de Dios. Los vicios de una madre criminal han desencadenado en esta casa las furias. Mi padre vivió veinte años víctima de la demencia; mis tres hermanos mayores murieron en la flor de su vida. ¡Ah! no hay duda; la dinastía de Carlos sexto debe perecer. Así lo ordena el cielo.

INÉS.—Mejor dirías que está destinada á rejuvenecer contigo. Recobra la confianza en tus propias fuerzas que no en vano la muerte te perdonó entre tus hermanos para llamerte á ti el más joven, al honor inespereado de ocupar el trono. A la bondad de tu alma fió el cielo el remedio, que tarde ó temprano cicatrizará las heridas de este país, despedazado por el furor de las pasiones. Mi corazón me dice que has de sofocar las

llamas de la guerra civil y restablecer la paz, fundando un nuevo reino en Francia.

CARLOS.—Deliras. Los tiempos de borrascas y discordias reclaman más enérgico piloto. Quizá hubiese hecho feliz á una nación pacífica, mas nada puedo contra desencadenados furoros, y renuncio á franquearme con la espada los corazones que el odio me cierra.

INÉS.—El pueblo está ciego, víctima del engaño, pero bien pronto se desvanecerá su delirio. No está lejos el tiempo en que sienta reavivarse su amor por la antigua dinastía, amor profundamente arraigado en el corazón de los franceses, y con él los odios y celos que separan á ambos países. Llegará el momento en que su propia fortuna aterrará al arrogante vencedor. Cesa, pues, de empeñarte en desertar precipitadamente del campo de batalla, y pelea palmo á palmo y lucha por Orleans como por tu vida. Húndanse antes los puentes que conducen á la otra orilla del Loira, tu laguna Estigia, la última frontera de tu reino.

CARLOS.—Hice ya cuanto pude. Quise reconquistar mi corona batiéndome como caballero en singular combate, y mi enemigo rehúsa batirse. ¿Iré á prodigar ahora la sangre de mis vasallos y á ver cómo caen reducidas á polvo mis fortalezas? ¿Acuchillaré, como mi despiadada madre, al hijo de mis entrañas? No; prefiero que viva y renunciar á él.

DUNOIS.—¡Esto dice un rey, señor! ¿Así vende su corona? La patria lo es todo cuando la guerra civil enarbola su estandarte. El último de sus hijos no vacila en sacrificarle sus bienes, su odio, su amor. El labrador deja el arado, la mujer el torno, niños y ancianos corren á las armas, el ciudadano incendia los fuertes de la ciudad, y el campesino sus cosechas en tu daño ó en tu servicio. Llevados del impulso que á todos arrebató, nada les cuesta, nada economizan, nada

excusan ni esperan que nada se excuse con ellos, porque ha hablado el honor y combaten por sus dioses, y por sus ídolos. ¡A fuera, pues, femeniles escrúpulos que no sientan bien en el ánimo de un rey! Deja que siga la guerra su camino de desastres. No eres tú quien debe acusarse de haberla provocado con ligereza. Es ley que un pueblo debe saber morir por su soberano, y no creo que el francés quiera sustraerse á ella. ¡Vergüenza para la nación que regatea á su honor semejante sacrificio!

CARLOS (á los consejeros).—No aguardéis de mí otra resolución. Que Dios os guarde, señores. No puedo más.

DUNOIS.—Puesto que es así, quiera el cielo que la victoria te vuelva la espalda, como tú al trono de tus mayores. Cedes tú á la flaqueza. Yo te abandono á mi vez. Tu propia pusilanimidad, y no la coalición de Borgoña á Inglaterra, te arroja del trono. Antes los reyes de Francia nacían héroes, pero tú, tú no tienes en las venas una sola gota de sangre generosa. (A los consejeros.) El Rey os despide. Yo voy con vosotros á Orleans. Es la patria de mi padre y quiero enterrarme en sus ruinas. (Intenta salir. Inés le detiene.)

INÉS (al Rey).—¡Oh!... ¡no permitas que se vaya enojado! Su lenguaje es rudo, pero su corazón, puro como el oro. Te ama y mil veces dió por ti su sangre. Acercaos, Dunois, y confesad que en el arrebató de vuestra cólera os habéis excedido un poco; y tú perdona á tan fiel amigo la viveza de sus palabras. ¡Oh! venid; venid. Dejad que me apresure á reconciliaros antes que devore vuestros ánimos el fuego mortal, inextinguible, de la cólera. (Dunois clava la mirada en el Rey, como aguardando su respuesta.)

CARLOS (á Duchatel).—Pasaremos el río. Ordenad al momento que embarquen mi equipaje.

DUNOIS (á Inés con sequedad).—Adiós.

(Se vuelve y vase; los consejeros le siguen.)

INÉS (*juntando las manos con desesperación*).—¡Dios mío! Si se va, estamos perdidos. La Hire, seguidle... tratad de calmar su enojo. (*La Hire se va.*)

ESCENA VI

CARLOS.—INÉS SOREL.—DUCHATTEL

CARLOS.—No parece sino que la corona es el único bien de este mundo. ¿Será tan difícil separarse de ella? Algo más difícil me parece dejarse gobernar por tales hombres arrogantes é imperiosos, y vivir por la gracia de tan orgullosos vasallos. Este sí que es suplicio para un corazón noble, suplicio más cruel, sin duda, que el infortunio. (*A Duchatel, que parece aún vacilante.*) Vé; cumple mis órdenes.

DUCHATTEL (*arrojándose á sus pies*).—¡Oh, señor!

CARLOS.—Ni una palabra más. Lo he resuelto.

DUCHATTEL.—Firma la paz con el duque de Borgoña, ya que es tu única salvación.

CARLOS.—¿Y eres tú quien me la aconsejas, tú que debes pagarla con tu sangre?

DUCHATTEL.—Dispón de mi cabeza que tantas veces arriesgué por ti en el campo de batalla y llevaré por ti al cadalso con gusto. Aplaca la cólera del duque. No vaciles en entregarme á ella. ¡Ojalá mi sangre apagara estos encarnizados odios!

CARLOS (*le contempla un instante con emoción, sin decir palabra*).—¿Será verdad? ¿Tan grande es mi humillación, que ya mis amigos, los que me conocen, me indican para salvarme el camino del oprobio? Sí; ahora comprendo cuán profunda es mi caída. Nadie tiene fe en mi honor.

DUCHATTEL.—Atiende...

CARLOS.—¡Silencio!... No irrites más mi cólera. Nunca jamás, aun cuando debiera renunciar á diez reinos, jamás consentiré en comprar mi salvación con la vida de un amigo. Cumple mis órdenes. Haz que embarquen mi equipo de guerra.

DUCHATTEL.—Obedezco. (*Se va. Inés Sorel rompe á llorar.*)

ESCENA VII

CARLOS.—INÉS SOREL

CARLOS (*tomándole la mano*).—Enjuga tus lágrimas, Inés mía. Allende el Loira hay todavía una Francia, y bogamos hacia más felices climas. Sonríe allí un cielo sereno y sin nubes, es tibio el ambiente, suaves las costumbres, y el amor, la vida, las canciones, reinan y florecen en aquella región.

INÉS.—¿Por qué vieron mis ojos la luz de este día de calamidades y desgracia? ¡Desterrado el Rey! ¡El hijo abandonando la casa de sus padres, volviendo la espalda á su cuna! ¡Jamás volveremos á hollarte con ligera planta, oh caro país, que abandonamos para siempre!

ESCENA VIII

Dichos.—LA HIRE

INÉS.—¿Volvéis solo?... ¿No le traéis? (*Observándole con más atención.*) ¿Qué hay, La Hire? ¿Qué es lo que leo en vuestra mirada? Un nuevo desastre sin duda.

LA HIRE.—No. Agotada la suma de desgracias, reaparece un rayo de sol.

INÉS.—¡Cómo! ¡Explicaos!

LA HIRE.—Manda que sean de nuevo llamados los consejeros de Orleans.

CARLOS.—¿Por qué?... ¿Qué ocurre?

LA HIRE.—Manda que sean llamados. Tu suerte ha mudado de aspecto. Acaba de ocurrir un encuentro entre ambos ejércitos, en el cual has salido vencedor.

INÉS.—¡Vencedor!... ¡Grata música del cielo trae á mis oídos esta palabra!

CARLOS.—Sin duda te equivocas con una falsa noticia. ¡Vencedor! No creo ya en la victoria.

LA HIRE.—Otros milagros te verás forzado á creer. Ahí viene el arzobispo que te trae á Dunois.

INÉS.—¡Oh, delicada flor de la victoria! ¡Cuán pronto produce sus divinos frutos, la concordia y la paz!

ESCENA IX

Dichos.—EL ARZOBISPO DE REIMS.—DUNOIS.—DUCHATTEL
RAOUL, armado

EL ARZOBISPO (*conduciendo junto al Rey á Dunois, é imponiendo en ambos las manos*).—Abrazaos, príncipes, y callen desde ahora todos los resentimientos. El cielo se pone de nuestra parte. (*Dunois abraza al Rey.*)

CARLOS.—Sacadme pronto de la duda y la sorpresa. ¿Qué significa este solemne cuidado? ¿A qué prodigio se debe tan rápida mudanza?

EL ARZOBISPO (*toma de la mano á Raoul y lo presenta al Rey*).—Hablad.

RAOUL.—Habíamos armado los de Lorena diez y seis compañías para acudir en tu socorro, eligiendo por jefe al caballero Baudricourt de Vaucouleurs. Llegados á las cimas de Vermanton y cuando bajábamos á los valles que riega el Yonne, se presentó de súbito en

frente de nosotros el enemigo en la llanura. Volvimos la cabeza, y vimos también que á nuestra espalda centelleaban sus armas. Dos ejércitos nos rodean sin dejarnos más esperanza que vencer ó morir. Flaqueaban ya los más valientes y estaban á punto de rendirse nuestros soldados, mientras deliberaban en vano los jefes, cuando ¡oh, inaudito milagro! sale de repente del bosque una doncella, cubierta la cabeza de un casco, y parecida á la diosa de las batallas, terrible y hermosa al par. Su cabellera caía en negras trenzas sobre los hombros, y apenas habló, iluminó la altura vivo resplandor que parecía venido del cielo. «Franceses,—dice,—valientes franceses, ¿por qué tembláis? ¡Súis al enemigo! Adelante, aunque fuera más numeroso que las arenas del mar. Dios y la santa Virgen están con vosotros.» Y esto diciendo, arranca el estandarte de manos del que lo llevaba, y con ánimo resuelto se pone á la cabeza de los batallones. Como cediendo á involuntario hechizo y mudos de sorpresa, corremos nosotros tras la bandera y quien la enarbola, y sin vacilar un punto, caemos sobre el enemigo. Sobrecogidos de estupor é inmóviles nuestros adversarios, permanecen un instante deslumbrados por tal prodigio, y después, como aterrorizados ante el poder divino, acuden á la fuga arrojando las armas. El ejército entero se desbanda por la llanura. Ni la voz del caudillo, ni el llamamiento de los jefes, nada les detiene. Muertos de miedo, sin volver siquiera la cabeza, hombres y caballos se precipitan á tumbos en el río, ó se dejan degollar sin resistencia, y degenera el combate en verdadera carnicería. Diez mil enemigos mueren en el campo de batalla, sin contar los que se ahogaron en el río, mientras ni uno solo de nosotros recibió el más ligero rasguño.

CARLOS.—¡Esto es raro, vive Dios, y casi milagroso!

INÉS.—¿Y este prodigio, decís que lo realizó una doncella? ¿De dónde venía? ¿Quién era?

RAOUL.—Sólo al Rey quiere revelarlo. Ella dice que es una visionaria, una profetisa enviada de Dios, y habla de libertar á Orleans antes que pase la luna. El pueblo, henchido de fe en su poder, se muestra ávido de combate. Sigue al ejército y se hallará aquí bien pronto. (*Suenan dentro campanas, y se oye ruido de armas.*) ¿Oís el rumor de la multitud? ¿Oís las campanas? Es ella. El pueblo saluda á la enviada de Dios.

CARLOS (*á Duchatel*).—Que la traigan á mi presencia. (*Al arzobispo*.) ¿Qué debemos pensar de semejante suceso? Una muchacha me trae la victoria, cuando ya sólo el poder de Dios podía salvarme. Decidnos, monseñor, si no es llegado el caso de creer en milagros!

ALGUNAS VOCES (*dentro*).—¡Viva la doncella! ¡Viva quien nos ha salvado!

CARLOS.—Ya está aquí. Ven á ocupar mi sitio, Dunois. Quiero poner á prueba á esta mujer, dotada del don de hacer milagros. Si es realmente una enviada del cielo, y obedece á inspiración divina, reconocerá al Rey.

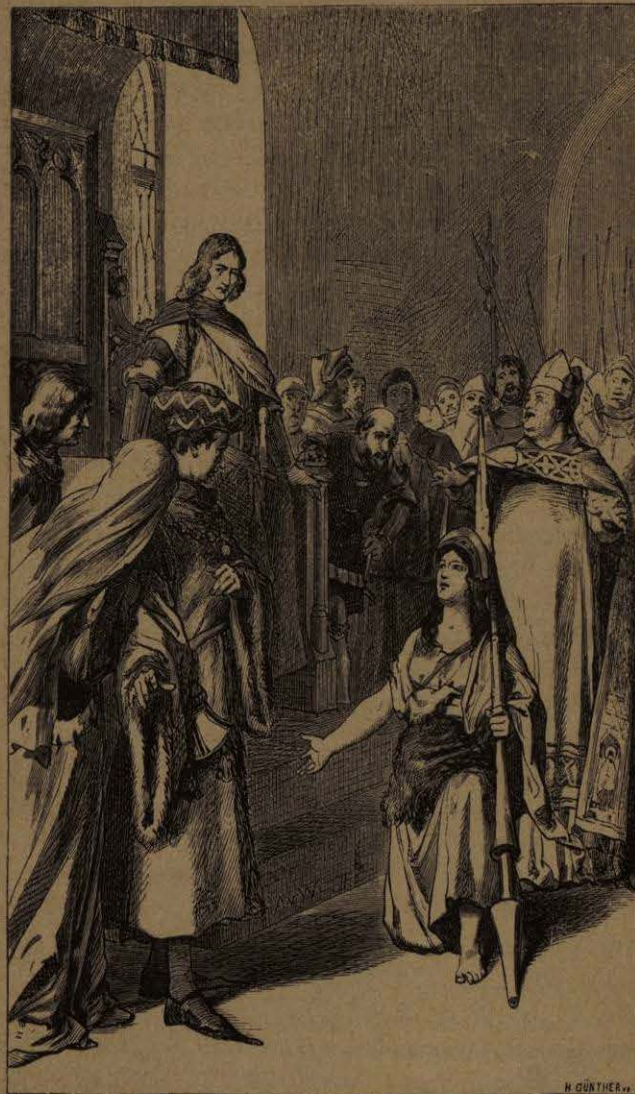
(Dunois se coloca donde estaba el Rey, con Inés Sorel á la izquierda. El Arzobispo con los demás, enfrente de ellos, dejando libre el centro de la escena.)

ESCENA X

Dichos.—JUANA, seguida de algunos consejeros, y gran número de caballeros, que ocupan el fondo. Se adelanta con dignidad, y mira en torno suyo.

DUNOIS (*después de una pausa*).—¿Eres tú, doncella predestinada?

JUANA (*interrumpiéndole, y mirándole con sereni-*



Llegada de Juana d'Arc á la corte.

dad y altivez).—Bastardo de Orleans, quieres tentar sin duda á Dios. Levántate y deja este sitio que no te corresponde. Dios me envía á aquel, más grande que tú.

(Se dirige resueltamente hacia el Rey, hinca en tierra una rodilla, y se levanta luego, retrocediendo un paso. Muestras de general asombro. Dunois se levanta. Se abren las filas para dejar libre el paso al Rey.)

CARLOS.—Si hoy me has visto por primera vez, ¿á quién debes tu ciencia?

JUANA.—Te he visto donde nadie te veía sino Dios. (*Acercándose al Rey y con misterio.*) Pocas noches há—recoge tus recuerdos,—cuando todo dormía en torno tuyo, dejaste el lecho para dirigir á Dios ferviente plegaria. Haz que salgan todos, y te diré cuál era ésta.

CARLOS.—No tengo por qué ocultar á los hombres lo que confiaba á Dios en aquel momento supremo. Si revelas mi oración, cesaré de dudar al instante de tu misión divina.

JUANA.—Le pedías á Dios tres cosas. Estáme atento. Primero le invocabas á fin de que te aceptara como víctima expiatoria, en lugar de tu pueblo, y derramara sobre tu cabeza los tesoros de su cólera, en el caso en que algún crimen cometido por tus mayores, é impune todavía, ó algún bien mal adquirido, fuera la causa de esta lamentable guerra.

CARLOS (*retrocediendo de espanto*).—¿Pero quién eres tú, poderosa criatura? ¿De dónde vienes?

(*Asombro general.*)

JUANA.—Luego dirigiste á Dios esta segunda oración: «Si está decretado y es tu voluntad, ¡Dios mío! que caiga de mis manos el cetro de mi raza, y pierda cuanto poseyeron mis antepasados en este reino, sólo te pido que me dejes tres cosas: una conciencia tranquila, el afecto de mis amigos y el amor de mi Inés.» (*El Rey oculta el rostro, deshecho en lágrimas. Movimiento de estupor en los circunstantes. Pausa.*) ¿Te diré ahora cuál fué tu tercer voto?

CARLOS.—Basta; creo en ti. Tu poder es sobrenatural, y Dios quien te envía.

EL ARZOBISPO.—Pero ¿quién eres tú, santa hija del milagro? ¿Cuál fué el afortunado país que te ha visto nacer? Habla: ¿quiénes son tus padres, elegidos de Dios?

JUANA.—Juana es mi nombre, venerable señor. Nací en tierra de mi Rey, en Domremy, diócesis de Toul. Soy la humilde hija de un humilde pastor, y pasé la infancia guardando los ganados de mi padre. Oía, sin embargo, hablar mucho de un pueblo de isleños, venidos á través del Océano, para esclavizarnos é imponernos por la fuerza un rey extranjero que Francia no quería. Oí decir también, que la gran ciudad de París estaba ya en poder de ese pueblo, que iba á conquistar el reino entero. Yo rogaba á María, madre de Dios, que alejara de nosotros el oprobio de la esclavitud y nos conservara nuestro Rey. A la entrada de mi pueblo natal hay una imagen de la Virgen, muy visitada por gran número de peregrinos, y junto á ella una vieja encina, famosa por sus milagros. A su sombra solía apacentar mis ganados, y me sentía atraída hacia aquel lugar. Cuando perdía en la montaña uno de mis corderos, bastaba que me hubiese dormido á la sombra de la encina, para que le encontrara en seguida. Y ocurrió que una noche sentada debajo de aquel árbol, con piadoso recogimiento, y esforzándome en vencer el sueño, se me apareció de repente la Virgen María, llevando en una mano una espada, y en la otra un estandarte, pero vestida, como yo, de simple pastora, y dijo: «Soy yo, Juana, levántate y deja tus rebaños, que Dios te impone otros deberes. Toma ese estandarte, ciñe esa espada, extermina á los enemigos de mi pueblo, conduce á Reims al hijo de tu Rey y coloca en su cabeza la corona real.» Y yo le dije: «Pero ¿cómo voy á hacerlo, si soy una débil mujer, igno-

rante del arte de la guerra.» Y ella me dijo: «Nada es imposible á la casta virgen que sabe resistir al amor terreno; toma ejemplo de mí, que soy también una simple virgen como tú y dí á luz á Dios Nuestro Señor y participo de la divinidad.» Diciendo esto, tocó mis párpados, y vi cubrirse de ángeles el cielo, y llevaban en las manos flores de lis, y al són de melodiosa música se esparcieron por los aires. Por tres noches consecutivas la bienaventurada María se me apareció así y me dijo: «Juana, levántate, que el Señor te llama á otros deberes.» Y cuando llegó la tercera noche, su mirada era severa, y me reprendió diciendo: «El deber primero de la mujer en la tierra es la obediencia, y la resignación su ley, porque obedeciendo se purifica. Quien habrá obedecido en la tierra, será grande en el cielo.» Diciendo esto se despojó de sus vestiduras, y vi á la Reina del cielo en todo el esplendor de su gloria, y lentamente envuelta en nubes de oro, fué arrebatada á la celestial región de los éxtasis, donde desapareció. (*Emoción general. Inés, deshecha en lágrimas, oculta el rostro en brazos del Rey.*)

EL ARZOBISPO (*después de larga pausa*).—En presencia de semejante testimonio de la gracia divina, deben callar las dudas de la humana razón. Esta niña atestigua sus palabras con sus actos. Sólo Dios puede realizar tales milagros.

DUNOIS.—Su mirada, el suave candor de su rostro, y no estos milagros, me persuaden á creerla.

CARLOS.—¿Merecía yo, miserable pecador, esta gracia?... ¡Oh! Tú, cuya mirada infalible lee en los corazones, bien ves la humildad en el fondo del mío.

JUANA.—La humildad de los grandes complace al cielo. Te humillaste, y Dios te exalta.

CARLOS.—¿Podré, pues, hacer frente á mis enemigos?

JUANA.—Te prometo poner á tus plantas á Francia sumisa.

CARLOS.—¿Y dices que Orleans no se rendirá?

JUANA.—Antes verás al Loira refluir hacia la fuente.

CARLOS.—¿Y entraré triunfante en Reims?

JUANA.—Yo te llevaré á Reims, aunque sea á través de mil peligros.

(*Todos los caballeros sienten reanimarse su bélico ardor, y blanden lanzas y escudos.*)

DUNOIS.—Marcha á la cabeza de nuestro ejército; donde quiera que nos conduzca la celestial doncella, allí la seguiremos ciegamente. Diríjanos su profética mirada, que yo me encargo de protegerla.

LA HIRE.—Levántese contra nosotros el mundo entero. Nada tememos mientras ella nos guíe. El Dios de la victoria va con ella. ¡Guerra! Que su potente mano nós dirija.

(*Los caballeros hacen chocar las armas de golpe y se adelantan.*)

CARLOS.—Sí, santa doncella, manda mis ejércitos y á mis jefes. Esta espada soberana que en un momento de enojo me devolvió el condestable, halló una mano más digna que la suya. Tómala y marchemos...

JUANA.—Detente, noble delfín. No es esta la que dará la victoria á mi señor, no; sé otra con la cual venceré. Quiero designártela, según las órdenes que recibí del Altísimo, para que mandes por ella.

CARLOS.—Habla, Juana. ¿Qué debe hacerse?

JUANA.—Envía á la vieja ciudad de Fierbois, y al subterráneo que hay en el cementerio de Santa Catalina, donde se guardan á montones manojos de armas, botín de antiguas victorias. Allí se hallará la que debo llevar, reconocible por las tres flores de lis, grabadas en oro en la hoja. Manda por ella. Con ella vencerás.

CARLOS.—Irán por ella, y se hará como dices.

JUANA.—Que me traigan también una bandera blanca, festoneada de púrpura; pues con esta bandera se me apareció la Madre de Dios. En sus pliegues se

halla representada la Reina de los cielos, con el niño Jesús en los brazos, y cerniéndose sobre la tierra.

CARLOS.—Se hará como dices.

JUANA (*al arzobispo*).—Ahora, venerable prelado, imponedme las manos y bendecid á vuestra humilde hija. (*Se arrodilla.*)

EL ARZOBISPO.—No; no has venido aquí á recibir, sino á repartir bendiciones. Vé, Juana. Fuerza sobrenatural te anima, y nosotros, por el contrario, somos indignos pecadores. (*Juana se levanta.*)

UN ESCUDERO.—Acaba de llegar un heraldo del jefe del ejército inglés.

JUANA.—Que éntre; Dios le envía.

(*El Rey hace una seña y el escudero se va.*)

ESCENA XI

Dichos.—EL HERALDO

CARLOS.—¿Qué vienes á anunciarnos, heraldo?... Dinos tu mensaje.

EL HERALDO.—¿Quién de vosotros habla en nombre de Carlos de Valois, conde de Ponthieu?

DUNOIS.—¡Vil miserable!... ¡Infame bellaco! ¿Cómo te atreves á renegar del Rey de Francia en sus propios dominios? Da gracias á Dios de que tu armadura te proteja, sino...

EL HERALDO.—Francia sólo reconoce un rey, y éste se halla en el campamento inglés.

CARLOS.—Calma, primo. Y tú, heraldo, dínos tu mensaje.

EL HERALDO.—Mi noble jefe, deplorando á la vez la sangre vertida y la que debe verterse, y antes de desenvainar la espada y que sucumba Orleans, viene á proponerte la reconciliación.

CARLOS.—Oigamos.

JUANA (*adelantándose*).—Permíteme, señor, que hable en tu lugar al heraldo.

CARLOS.—Como quieras. A ti te corresponde decidir entre la paz y la guerra.

JUANA (*al heraldo*).—¿Quién te envía y habla por tu boca?

EL HERALDO.—El jefe del ejército inglés, el conde Salisbury.

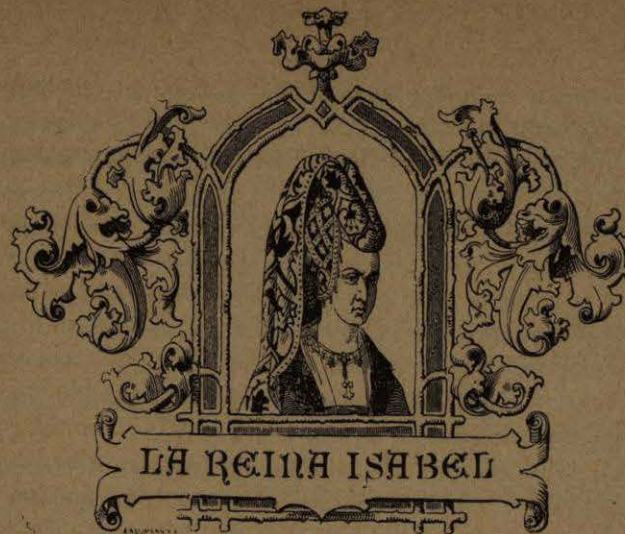
JUANA.—Heraldo, mientes; Salisbury no habla ya, porque sólo hablan los vivos, no los muertos.

EL HERALDO.—Juro que mi jefe vive y se halla robusto y en salud, y dispuesto á perderos á todos.

JUANA.—Vivía aún á tu partida, pero esta mañana, como se asomara á la torre de Tournelles, cayó muerto de un tiro del enemigo. Sonríes porque te anuncio lo que ocurrió lejos de aquí, y antes crees á tus ojos que á mis palabras, pero cuenta que á tu regreso has de encontrarte con su entierro. Ahora, veamos tu mensaje.

EL HERALDO.—Puesto que nada se te oculta, sin duda lo sabes antes que yo lo diga.

JUANA.—Poco me importa, pero te diré á mi vez el mío, que puedes repetir á tus príncipes.—Rey de Inglaterra, y vosotros, duques de Bedford y de Gloucester, que os habéis apoderado de este reino, dad cuenta á Dios de tanta sangre vertida. Apresuraos á entregar las llaves de cuantas ciudades ocupáis por la fuerza, contra el derecho divino. Ved que llega la doncella enviada de Dios, y os ofrece la paz ó la guerra. Elegid, porque os digo que el Hijo de María no creó para vosotros la hermosa Francia, sino para Carlos, mi señor delfín, á quien Dios la cedió para siempre, y ha de entrar como rey en París acompañado de sus nobles. Ahora, heraldo, parte diligente, pues antes de que llegues al campamento con tu mensaje, estará allí la doncella tremolando en los muros de Orleans su triunfante bandera. (*Se va. Todo se conmueve en torno suyo. Cae el telón.*)



ACTO II

Sitio rodeado de peñascos

ESCENA PRIMERA

TALBOT y LIONEL, jefes ingleses.—FELIPE DE BORGONA.—
El caballero FALSTOLF y CHATILLON.—Junto á ellos algunos
soldados con banderas.

TALBOT

Aquí, entre estas rocas, podemos acampar y hacer alto un instante, con tal que logremos replegar las fugitivas tropas que ha dispersado repentino terror. Ocupad vosotros la altura y estad alerta. La noche al menos nos libra del enemigo y no debemos temer ninguna sorpresa; porque no tienen alas que sepamos. Conviene, sin embargo, redoblar nuestra vigilancia. Es gente que no se duerme en las pajas, y no hay que olvidar que fuimos vencidos.

(El caballero Falstolf se retira y los soldados le siguen.)